

OPINIÓN

¿Es más fácil la paz en un mundo sin fronteras?



Ana Cobos Cedillo

Presidenta de COPOE - Orientadora IES Ben Gabirol

Universidad de Málaga

En este otoño de 2017 en que se dedican tantas horas de los medios de comunicación al conflicto generado en Cataluña con la celebración o no del referéndum más la posible declaración de independencia, más la ambigüedad de los mensajes de los representantes políticos, más la pretensión de diálogo, creo que procede que reflexionemos todos un poco sobre todo este asunto desde una perspectiva constructiva y serena, en relación con la educación en valores del sistema educativo.

El sentimiento de identidad va unido claramente al de pertenencia. Las personas nos vamos definiendo y creando nuestra propia identidad de acuerdo a los condicionantes de los que partimos, siendo estos físicos, sociales, familiares, emocionales, cognitivos, históricos y un largo etcétera. En los centros educativos somos testigos de ello cada día y de su evolución a lo largo de la escolarización.

La identidad se construye en un vaivén constante entre lo que vemos cuando miramos hacia dentro y lo que el espejo de los demás nos devuelve y así estamos toda la vida en un continuo proceso de construcción de la propia identidad. Por todo ello, podemos decir sin exagerar que necesitamos vivir en sociedad para sentirnos personas, de modo que fraguamos la identidad en un contexto social y si no contamos con un grupo humano, no podremos desarrollarnos como personas. Es curioso, pero para ver nuestra propia cara necesitamos de un intermediario: el espejo, es una buena metáfora, pues para vernos como personas también nos resulta imprescindible el reflejo que nos proporcionan los demás de nosotros mismos.

A veces tenemos la sensación de que faltan referentes para desarrollar nuestra propia identidad, como les ocurre a los adolescentes en la mayoría de los casos. Entonces, la alternativa es crear la propia identidad por oposición al otro, es decir "yo no sé quién soy yo, solo sé que yo no soy tú", pero vamos mal así.

En el conflicto que estamos viviendo creo que hay algo de eso y no creo que sea buena

cosa para nadie. Las fronteras son invenciones humanas propias de una visión antigua y torticera, de poderosos sobre humildes. En un mundo globalizado e hipercomunicado como el nuestro deberíamos de tender a que las fronteras desaparecieran y a que las identidades se construyeran a partir de valores, creencias, emociones y vivencias, pero no a partir de fronteras, pues todas son arbitrarias y artificiales.

En estos tiempos convulsos, personalmente creo que quienes trabajamos en educación tenemos la responsabilidad de sembrar en nuestros niños y jóvenes miradas amplias hacia el mundo y la humanidad, que superen reduccionismos catetos, creo que es necesario fomentar el valor de la diversidad y la inclusión en un mundo donde el respeto a los derechos humanos sea un nexo común e innegociable para la convivencia.

Siendo yo niña, pregunté a mi padre que como músico trabajaba con todo tipo de etnias y nacionalidades sobre si había diferencias y si alguno de los tópicos era cierto, a lo que me dijo, "Ana, lo que importa es que al final todo el mundo quiere vivir en paz, tener un trabajo digno y ver crecer a sus hijos con salud, no le des más vueltas".

¿Irse o quedarse?, ¿de dónde y hacia dónde?, muchas veces olvidamos que todos somos interinos en la vida y de lo que se trata es de pasar por ella con la mayor felicidad y procurando la misma en los otros. Solo conocemos este mundo y nos pasamos la vida sin darnos cuenta de que el tiempo pasa pronto y de que lo que de verdad importa no tiene fronteras, "amor", lo llamó Víctor Manuel en una canción.
